

Cristo es el todo

J. C. RYLE (1816-1900)

Cristo es el todo

Contenido

I. "Cristo es el todo" respecto al hombre.....	3
II. "Cristo es el todo" en la Biblia	6
III. "Cristo es el todo" de cada cristiano auténtico	8
IV. Cristo será el todo en el cielo.	14
Otras formas en que "Cristo es el todo"	15
Conclusiones prácticas	16

© Copyright 2015 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: *www.ChapelLibrary.org/spanish*.

Cristo es el todo

“Cristo es el todo”. Colosenses 3:11

Las palabras de nuestro texto son pocas, breves y se dicen pronto; pero contienen grandes verdades. Al igual que aquellos versículos de oro: “Para mí el vivir es Cristo”, “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Fil. 1:21; Gál. 2:20), las palabras a los colosenses son singularmente ricas y significativas.

Estas cuatro palabras son la esencia y la sustancia del cristianismo. Si nuestro corazón realmente puede estar de acuerdo con ellas, le hará bien a nuestra alma. Si no, seguramente, todavía tenemos mucho que aprender.

Voy a tratar de establecer en qué sentido “Cristo es el todo” y les pido que, a medida que vayan leyendo, juzguen con sinceridad, si acaso están seguros de que no pueden naufragar en el juicio final.

A propósito, termino este libro con un comentario sobre este notable texto. Cristo es la fuente principal, tanto del cristianismo doctrinal como del práctico. Un conocimiento adecuado de Cristo es esencial para entender correctamente las doctrinas de la santificación y la justificación. El que comienza el camino de la santidad, no hará ningún progreso, a menos que le dé a Cristo el lugar que le corresponde. Empecé este libro con una afirmación clara acerca del pecado. Quiero terminarlo con una declaración, igualmente clara, acerca de la persona de Cristo.

I. “Cristo es el todo” respecto al hombre

Antes de cualquier otra cosa, entendamos que *Cristo es el todo en todos los consejos de Dios respecto al hombre*.

(a) Hubo un tiempo ***cuando esta tierra no existía***. Sólidas como se ven las montañas, sin límites como aparenta ser el mar, altas como se ven las estrellas en el cielo, nada de eso existía. Y el hombre, con todos los altos conceptos que ahora tiene de sí mismo, era una criatura desconocida.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? Las Escrituras nos ayudan a contestar esta pregunta: “El Verbo era con Dios” y era “igual a Dios” (Jn. 1:1; Fil. 2:6). Cristo ya era en aquel entonces el Hijo amado del Padre: “Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5). “Me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Jn. 17:24). “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra” (Pr. 8:23). Incluso ya él era el Salvador “destinado

desde antes de la fundación del mundo” (1 P. 1:20) y los creyentes fueron escogidos “en él antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4).

(b) Llegó un momento **cuando esta tierra fue creada en su orden actual**. El sol, la luna y las estrellas, el mar, la tierra y todos sus habitantes, fueron llamados a ser y hacer en medio del caos y la confusión. Y, por último, el hombre fue formado del polvo de la tierra.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? Lo que dicen la Escrituras: “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1: 3). “En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra” (Col. 1:16). “Y: tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos” (He. 1:10).

“Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo” (Pr. 8:27-30).

¿Nos sorprende que el Señor Jesús, en su predicación, usara elementos que extraía del libro de la naturaleza? Cuando hablaba de las ovejas, los peces, los cuervos, el grano, los lirios, la higuera, la vid, se refería a las cosas que él mismo había creado.

(c) Llegó un día **cuando el pecado entró en el mundo**. Adán y Eva comieron del fruto prohibido y cayeron. Perdieron la naturaleza santa que tenían en el principio. Perdieron la amistad y el favor de Dios y se convirtieron en seres culpables, indefensos, corruptos y pecadores sin esperanza. El pecado fue desde entonces una barrera infranqueable entre ellos y su Padre santo en el cielo. Dios tuvo que tratar con ellos de acuerdo con su pecado. Ahora no había nada delante de Adán y Eva, sino la muerte, el infierno y la ruina eterna.

¿Y dónde estaba Cristo entonces? En ese preciso momento, a nuestros temblorosos padres, les fue revelada la única esperanza de salvación: Cristo Jesús. El mismo día en que desobedecieron, se les dijo refiriéndose a la simiente de la mujer: “Ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”. También se les comunicó que un Salvador nacido de mujer vencería al diablo y, de esa manera, ganaría una entrada a la vida eterna para el hombre pecador (Gn. 3: 15). Cristo fue presentado como la verdadera luz del mundo en el mismo día de la caída del hombre y, a partir de ese día, nunca se ha dado a conocer otro nombre por el cual las almas puedan ser salvas, más que el nombre Jesús (Hch. 4:12). Por él, todas las almas salvadas han entrado en el cielo, desde Adán en adelante, y sin él, nadie puede escapar de las garras del infierno.

(d) Llegó un momento **cuando el mundo estaba sumido y hundido en una profunda ignorancia de Dios**. Después de 4.000 años, parece que las naciones de la tierra se han olvidado completamente del Dios que las creó. El imperio egipcio, el

asirio, el persa, el griego y el romano no hicieron más que extender la superstición y la idolatría. Los poetas, historiadores y filósofos habían demostrado que, aun con todas sus facultades intelectuales, no tenían un conocimiento correcto de Dios y que el hombre, abandonado a su suerte, era totalmente corrupto. “El mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría” (1 Co. 1:21). Excepto por unos cuantos judíos despreciados en un rincón de la tierra, el mundo entero estaba muerto en la ignorancia y sumido en el pecado.

¿Y qué hizo Cristo entonces? Dejó la gloria que había sido suya desde toda la eternidad con el Padre y descendió al mundo para ofrecer salvación. Él tomó nuestra naturaleza y nació como hombre. Como hombre, hizo la voluntad de Dios perfectamente, cosa que todos habíamos dejado de hacer; como hombre, sufrió en la cruz del Calvario la ira de Dios que nosotros debíamos haber sufrido. Ascendió a la gloria de Dios y se sentó a su diestra, en espera de que sus enemigos sean puestos al estrado de sus pies. Y desde allí, ofrece salvación a todo aquel que quiera venir a él. Intercede por todos los que creen en él y gestiona delante del Padre todo lo que tenga que ver con la salvación de las almas.

(e) Vendrá el tiempo **cuando el pecado será echado fuera de este mundo**. La maldad no siempre florecerá en la impunidad, Satanás no reinará para siempre, la creación un día dejará de gemir sus dolores de parto. Habrá un momento cuando todas las cosas serán restauradas. Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, donde morará la justicia, y la tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar. (Ro. 8:22; Hch. 3:21; 2 P. 3:13; Is. 11:9).

¿Y dónde estará Cristo entonces? ¿Y qué hará? Cristo mismo será Rey. Regresará a esta tierra y hará nuevas todas las cosas. Descenderá en las nubes del cielo con poder y gran gloria, y los reinos del mundo se convertirán a él. Los paganos le serán dados por herencia y hasta el último rincón de la tierra por su posesión. Toda rodilla se doblará delante de él y toda lengua confesará que él es el Señor, para la gloria de Dios Padre. Su dominio será eterno, nunca pasará, y su reino no será destruido. (Mt. 24:30; Ap. 11:15; Sal. 2: 8; Fil. 2:10, 11; Dn. 7:14).

(f) *Viene el día cuando todos los hombres serán juzgados*. El mar entregará a los muertos que estén en él y, lo mismo, harán la muerte y el infierno con sus muertos. Todos los que duermen en la tumba despertarán y saldrán, y todo será juzgado según sus obras, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua. (Ap. 20:13; Dn. 12: 2)

¿Y dónde estará Cristo entonces? En el Día del Juicio, Cristo mismo será el Juez. “El Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo”. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él **todas** las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos”. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba

según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (Jn. 5:22; Mt. 25:31-32; 2 Co. 5:10).

Ahora bien, si usted que lee este escrito no le da importancia a Cristo, ¡le hago saber que difiere de Dios! Usted es de una mente y Dios es de otra. ¿Usted cree que es suficiente dar a Cristo un *poco* de honor, un *poco* de reverencia, un *poco* de respeto? Está equivocado porque en todo el consejo eterno de Dios Padre, en la creación, en la redención, en la restitución y en el juicio, Cristo es “el todo”.

Consideremos estas cosas. Obviamente fueron escritas para recordarnos que: “El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn. 5:23).

II. “Cristo es el todo” en la Biblia

En segundo lugar, entendamos que *“Cristo es el todo” en los libros inspirados que componen la Biblia.*

Encontramos a Cristo en todas partes de ambos testamentos. Al principio lo vemos sutil e indistintamente. En el medio, lo encontramos más clara y llanamente. Y lo vemos total y completamente, al final. Cristo es el todo en toda la Biblia de una manera real y sustancial.

El sacrificio y muerte de Cristo por los pecadores, el reino de Cristo y su futura gloria, son la luz que tenemos que buscar en cualquier libro de las Escrituras que leamos. La cruz de Cristo y su corona son la clave a la que debemos aferrarnos si hemos de encontrar nuestro camino cuando enfrentamos alguna dificultad en nuestra lectura bíblica. Cristo es la única llave que abrirá muchos de los lugares, aparentemente oscuros, de la Palabra. Algunos se quejan de que no entienden la Biblia. Y la razón es muy simple: No utilizan la clave. Para esas personas, la Biblia es como los jeroglíficos en Egipto. Es un misterio y lo es, simplemente porque no conocen ni emplean la clave.

(a) Todo el sistema sacrificial del Antiguo Testamento estableció a Cristo crucificado. Cada animal ofrecido en un altar era una confesión práctica de que era necesario un Salvador que muriera por los pecadores, un Salvador que quitara el pecado del hombre, por su sufrimiento, como su Sustituto, es decir, que padeciera en su lugar (1 P. 3:18). ¡Es absurdo suponer que el sacrificio de animales inocentes, sin más objetivo que la sola muerte, podría agradar al Dios eterno!

(b) Fue Cristo a quien Abel miró cuando ofreció un mejor sacrificio que Caín. No sólo era mejor el corazón de Abel que el de su hermano, sino que demostró su conocimiento del sacrificio vicario y su fe en la expiación. Ofreció los primogénitos de sus ovejas incluyendo su sangre y, al hacerlo, declaró, implícitamente, su convicción de que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecado (He. 9:22; 11:4).

(c) Fue Cristo de quien profetizó Enoc en los días de extrema maldad antes de la inundación. “He aquí”, dijo, “vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos” (Jud. 14, 15).

(d) Fue Cristo a quien vio Abraham cuando habitó en tiendas en la tierra prometida. Él creyó en la promesa de que por su simiente, por uno nacido de su familia, todas las naciones de la tierra serían bendecidas. Por la fe, vio el día de Cristo y se gozó (Jn. 8:56).

(e) Fue Cristo de quien habló Jacob a sus hijos mientras agonizaba. Aclaró, puntualmente, la tribu de la que nacería y predijo que “se congregarán todos los pueblos” en su presencia, lo cual aún está por cumplirse. “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos” (Gn. 49:10).

(f) Fue Cristo quien constituía la sustancia de la ley ceremonial que Dios dio a Israel por medio de Moisés. El sacrificio de la mañana y de la tarde, el derramamiento continuo de sangre, el altar, el propiciatorio, el sumo sacerdote, la Pascua, el día de la expiación y el chivo expiatorio, eran imágenes, tipos y emblemas de Cristo y su obra. Dios tuvo compasión de la debilidad de su pueblo. Él les enseñó a “Cristo” paso a paso, línea por línea y, por medio símiles, tal como enseñamos a los niños pequeños. Fue en este sentido, especialmente, que “la ley ha sido nuestro ayo” para guiar a los Judíos “a Cristo” (Gá. 3:24).

(g) Fue Cristo hacia quien Dios dirigió la atención de Israel con todos los milagros que diariamente se hacían frente a sus propios ojos en el desierto. La columna de fuego y la nube que los guió en el desierto, el maná del cielo que cada mañana les daba para comer, el agua de la roca golpeada y todos los demás milagros, cada uno era una figura de Cristo. La serpiente de bronce, en aquella ocasión memorable en que Dios envió la plaga de serpientes ardientes sobre ellos, fue, sin lugar a dudas, un emblema de Cristo (1 Co. 10:4; Jn. 3:14.)

(h) Fue Cristo de quien eran un tipo todos los jueces. Josué, Gedeón, Jefté, Sansón y todos los demás a quienes Dios levantó para librar a Israel de su cautiverio, todos eran emblemas de Cristo. Débiles e inestables y tan deficientes como eran, fueron usados como un ejemplo de que vendrían cosas mejores en el futuro lejano. Todo tuvo la intención de recordar a las tribus que vendría un Libertador superior.

(i) Fue Cristo de quien el rey David era un tipo. Ungido y elegido cuando pocos lo honraban, cuando era despreciado y rechazado por Saúl y todas las tribus de Israel, cuando era perseguido y obligado a huir para salvar su vida. Fue un hombre que sufrió durante toda su vida y, sin embargo, fue un vencedor; en todas estas cosas, David representaba a Cristo.

(j) Fue Cristo de quien todos los profetas, desde Isaías hasta Malaquías hablaron. Ellos vieron a Cristo como a través de un espejo, oscuramente (1 Co. 13:12). Algunas

veces anunciaron los sufrimientos de Cristo y, otras, las glorias que vendrían (1 P. 1:11). No siempre aclararon la diferencia entre la primera y la segunda venida de Cristo. Como dos velas en una línea recta, una detrás de la otra, a veces, vieron ambos eventos al mismo tiempo y hablaron de ellos simultáneamente. A veces, fueron movidos por el Espíritu Santo para escribir de los tiempos del Cristo crucificado y, a veces, de su reino en los últimos días, pero lo cierto es que la muerte de Jesús o Jesús reinando, es el pensamiento trascendente que siempre encontraremos en sus mentes.

(k) Es Cristo, digo enfáticamente, de quien todo el Nuevo Testamento está saturado. Los *Evangelios* son Cristo viviendo, hablando y desplazándose entre los hombres. Los *Hechos* son Cristo predicado, publicado y proclamado. Las *Epístolas* son Cristo escrito, explicado y exaltado. Subrayo de nuevo: Desde Mateo hasta Apocalipsis, hay un nombre por encima de todos los demás y es el nombre de Cristo.

Exhorto a cada lector de este escrito a preguntarse con frecuencia lo que la Biblia es para él. ¿Es un libro en el que ha encontrado nada más que buenos preceptos morales y buenos consejos? ¿O es una Biblia en la que usted ha encontrado a Cristo? ¿Es una Biblia en la que “Cristo es el todo”? Si no, se lo digo claramente: Hasta ahora, usted ha usado su Biblia con un propósito muy limitado. Es como un hombre que estudia el sistema solar y deja de lado un análisis de lo que es el sol que, al final de cuentas, es el centro de todo. ¡No es de extrañar si su Biblia le resulta aburrida!

III. “Cristo es el todo” de cada cristiano auténtico

En tercer lugar, entendamos que “Cristo es el todo” *de cada cristiano auténtico en la tierra.*

Al decir esto, tengo que asegurarme que no me malinterpreten. Todo ser humano tiene la absoluta necesidad de la elección de Dios el Padre y la santificación de Dios el Espíritu, a fin de que se efectúe la redención de todos los que han de ser salvos. Sostengo que hay una perfecta armonía e idéntica tonalidad en la acción de las tres Personas de la Trinidad, en llevar al hombre a la gloria. Afirmino también que los tres cooperan y obran conjuntamente en liberar al hombre del pecado y del infierno. Tal como es el Padre, es el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre es misericordioso, el Hijo es misericordioso, el Espíritu Santo es misericordioso. Los mismos tres que dijeron al principio: “Hagamos”, también han dicho: “Redimamos y salvemos al hombre”. Sostengo que todo el que llega a los cielos tiene que atribuir toda la gloria de su salvación al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tres personas en un solo Dios.

Pero, al mismo tiempo, veo una prueba clara en las Escrituras, que es el sentir de la Santísima Trinidad, que Cristo sea exaltado prominente y distintivamente en lo que a la salvación de las almas se refiere. Cristo es presentado como el “Verbo” mediante el cual Dios da a conocer su amor a los pecadores. La encarnación y la muerte expiatoria de Cristo en la cruz conforman la gran piedra angular sobre la cual se apoya todo el plan de salvación. Cristo es el camino y la puerta, medios por los cuales se tiene acceso

a Dios. Cristo es la raíz en la que todos los pecadores elegidos deben ser injertados. Cristo es el único lugar de encuentro entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra, entre la Santa Trinidad y los pobres pecadores hijos de Adán. Es Cristo a quien Dios el Padre ha “señalado” y asignado para que dé vida a un mundo muerto (Jn. 6:27). Es Cristo a quien el Padre le ha dado un pueblo para que lo lleve a la gloria. Es Cristo de quien el Espíritu da testimonio y a quien el Espíritu mismo guía a las almas para recibir perdón y paz. En definitiva, le “agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Col. 1:19). Lo que el sol es en el vasto firmamento, Cristo es en el cristianismo auténtico.

Digo estas cosas a manera de explicación. Quiero que mis lectores entiendan claramente lo que digo. “Cristo es el todo”. Con esto, *no* pretendo echar por la borda la obra del Padre y del Espíritu Santo. Permítame, en cambio, mostrarle lo que quiero decir.

(a) Cristo es el todo ***en la justificación del pecador delante de Dios.***

Solamente a través de él podemos tener paz con un Dios Santo. Solamente por él podemos ser admitidos en la presencia del Altísimo y permanecer allí sin ningún temor. “Tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él”. En Cristo y, solamente en él, Dios justifica al impío (Ef. 3:12; Ro. 3:26).

¿Bajo qué circunstancias puede un mortal presentarse delante de Dios? ¿Qué podemos argumentar en favor de la absolución delante de ese Ser glorioso, en cuyos ojos los mismos cielos no están limpios? ¿Podemos alegar que hemos cumplido con nuestro deber con Dios? ¿Diríamos que hemos cumplido con nuestro deber con nuestro prójimo? ¿Podríamos presentar nuestras oraciones, nuestra regularidad, nuestra moralidad y los cambios de conducta que hemos logrado? ¿Sería un buen argumento decir que asistimos fielmente a la iglesia? ¿Nos atreveríamos a pedir ser aceptados por alguno de esos “méritos”?

¿Cuál de estas cosas podría soportar el escrutinio de los ojos de Dios? ¿Cuál de todas esas cosas nos puede justificar realmente? ¿Cuál de ellas nos garantiza que después del juicio llegaremos a la gloria?

¡Ninguna, ninguna, ninguna! Tome cualquier mandamiento del Decálogo y examínese tomando como base ese mandamiento. Seguramente encontrará que lo ha quebrantado con frecuencia. No podemos presentar a Dios ni una cosa entre mil. Escoja a alguno, a cualquiera, y analice un poco sus caminos; sin duda, su veredicto será que no somos nada, sino simples pecadores, todos somos culpables, todos merecemos el infierno y todos debemos morir. ¿Con qué podemos presentarnos ante Dios?

Debemos presentarnos ante Dios en el nombre de Jesús, sin ningún otro fundamento, sin esgrimir ningún argumento que éste: “Cristo murió en la cruz por los impíos y confío en él. Cristo murió por mí y yo creo en él”.

La *prenda* de nuestro Hermano Mayor, la justicia de Cristo, es el único traje que puede cubrirnos y hacernos aptos para estar en la luz del cielo sin avergonzarnos.

El *nombre* de Jesús es el único nombre con el que tendremos la entrada directa a la gloria eterna. Si llegamos a la puerta y presentamos nuestros propios nombres, estamos perdidos, no seremos admitidos, vamos a llamar en vano. Pero si llamamos en el nombre de Jesús, él es el pasaporte y la contraseña para poder entrar y vivir allí eternamente.

La *señal* de la sangre de Cristo es el único distintivo que puede salvarnos de la destrucción. Cuando los ángeles del cielo estén separando las ovejas de los cabritos en el día final, si no estamos marcados con la sangre de la expiación, más nos vale nunca haber nacido.

¡Oh, no olvidemos nunca que Cristo debe ser “el todo” de esa alma que quiere ser justificada! Debemos contentarnos con ir al cielo como mendigos, salvados por gracia, simplemente como creyentes en Jesús; de otra manera, nunca seremos salvos. ¿Hay entre mis lectores algún *alma mundana irreflexiva*? ¿Habrá quien piense que para alcanzar el cielo, podrá decir en su lecho de muerte: “Señor, ten misericordia de mí”, sin antes haber conocido a Cristo? Amigo, usted mismo está sembrando la semilla de su sufrimiento y, a menos que se arrepienta, despertará a la perdición eterna.

¿Hay algún *alma orgullosa y soberbia* entre mis lectores? ¿Hay alguien pensando que por sus propios méritos y esfuerzo puede llegar a ser apto para el cielo y lo suficientemente bueno como para pasar el examen de sus acciones personales? Amigo, usted está construyendo una torre de Babel y nunca llegará al cielo si se mantiene en su estado actual.

¿Hay entre mis lectores *quien sienta una carga* en su corazón respecto a su alma? ¿Hay alguien que quiera salvarse y se siente un vil pecador? Le invito pues: “Ven a Cristo y él te salvará. Ven a Cristo y echa la carga de tu alma sobre él. No temas; cree solamente”.

¿Tiene temor de la ira venidera? Cristo puede liberarlo de ella. ¿Siente sobre usted la maldición por haber quebrantado la ley? Cristo puede redimirle de la maldición de la ley. ¿Se siente alejado de Dios? Cristo sufrió en la cruz para lograr acercarlo a Dios. ¿Se siente impuro? La sangre de Cristo puede limpiarle de todo pecado. ¿Se siente imperfecto? Usted estará completo en Cristo. ¿Se siente como si no fuera nada? Cristo es “el todo” para su alma. Nunca, ningún santo alcanzó el cielo con cualquier argumento, sino diciendo: “He lavado y emblanquecido mis ropas en la sangre del Cordero” (Ap. 7:14).

(b) Pero, repito, Cristo no sólo es “el todo” en la justificación de un verdadero cristiano, ***sino también en su santificación.***

Espero que no haya nadie que me malinterprete. No quiero, ni por un momento, restarle importancia a la obra del Espíritu Santo. Pero sí digo que nunca, ningún

hombre será santo hasta que venga a los pies de Cristo y se una a él. Hasta entonces, sus obras son obras muertas; carece totalmente de santidad. Lo primero que tiene que asegurarse es estar unido a Cristo y, luego, ser santo. El propio Jesús dice: “Porque separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15: 5).

Ninguno puede crecer en santidad, a menos que permanezca unido a Cristo. Cristo es la raíz de la que todo creyente debe recibir su fuerza para seguir adelante. El Espíritu es su regalo especial, regalo que fue comprado para su pueblo. Un creyente, no sólo debe haber “recibido al Señor Jesucristo”, sino andar en él; siendo arraigado y edificado en él (Col. 2: 6, 7).

¿Anhela ser santo? Entonces, tiene que alimentarse diariamente de Cristo que es el maná del cielo. Recuerde el maná que comía Israel en el desierto. ¿Quiere ser santo? Entonces Cristo debe ser la roca de la que usted debe beber diariamente el agua viva. ¿Busca ser santo? Entonces usted debe estar buscando siempre a Jesús. Debe mantener su vista en la cruz y buscar diariamente motivos para caminar más cerca de Dios, siguiendo su ejemplo y tomándolo a él como su ejemplo de vida. Poniendo sus ojos en Cristo, usted llegará a ser como él. Su rostro brillará sin que usted lo sepa. Si quita su vista de usted mismo y la pone en Cristo, encontrará que, aquellas penas que le aquejaban, se alejarán de usted y sus ojos brillarán más y más cada día (He. 12:2; 2 Co. 3:18).

El verdadero secreto para salir del desierto es llegar “recostándose en el Amado” (Cnt. 8:5). La manera válida de llegar a ser fuerte es reconocer nuestra debilidad y convencernos de que Cristo debe ser “el todo”. La verdadera manera de crecer en la gracia es beber de Cristo como de una fuente inagotable que satisface las necesidades de cada momento. Debemos emplearlo como la viuda del profeta usaba el aceite; no sólo para pagar nuestras deudas, sino para seguir viviendo después de haberlas pagado (2 R. 4:7). Debemos esforzarnos por ser capaces de decir: “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20).

¡Siento lástima por aquellos que pretenden ser santos sin Cristo! Sus esfuerzos son vanos. Es como poner su dinero en una bolsa con agujeros o como vaciar agua en un colador. Se asemeja al esfuerzo de rodar una enorme piedra redonda cuesta arriba o construir una pared con lodo demasiado mojado. Actuar así es comenzar en el punto equivocado. Usted debe venir a Cristo primero y él le dará su Espíritu santificador. Tiene que aprender a decir con Pablo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil. 4:13).

(c) Además, Cristo no sólo es todo en la santificación del cristiano auténtico, ***sino todo en su tranquilidad en el presente.***

Un alma salvada tiene muchas aflicciones. Tiene un cuerpo como el de los demás seres humanos, débiles y frágiles. Tiene un corazón como los demás hombres y,

muchas veces, su corazón es más sensible. Tiene sufrimientos y pérdidas como los demás y, con frecuencia, experimenta más pruebas que ellos. Tiene su cuota de duelos, muertes, decepciones y cruces. El alma salvada también tiene la oposición del mundo, un lugar en la vida que debe llenar en integridad, tiene familiares no convertidos con los que tiene que tratar con paciencia, persecuciones que soportar y una muerte que enfrentar. ¿Y quién es suficiente para estas cosas? ¿Qué es lo que capacita al creyente para encarar todo esto? Nada más que “la consolación que hay en Cristo” (Fil. 2: 1).

En realidad, Jesús es, de hecho, el Hermano que nos acompaña en la adversidad. Es un Amigo más unido que un hermano y sólo él puede consolarnos. Él es capaz de compadecerse de nuestras enfermedades porque él mismo “fue tentado en todo según nuestra semejanza” (He. 4:15). Él sabe lo que es el dolor porque fue varón de dolores, experimentado en quebrantos (Is. 53:3). Él sabe lo que es un cuerpo dolorido; cuando su cuerpo estaba atormentado por el dolor clamó: “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron” (Sal. 22:14). Sabe lo que son la pobreza y el cansancio, pues a menudo, se fatigaba y no tenía dónde reclinar la cabeza. Sabe lo que es la incompreensión de la familia, pues incluso sus hermanos no le creyeron. No era honrado ni siquiera en su propia casa.

Y Jesús sabe exactamente cómo consolar la aflicción de su pueblo.

Sabe cómo derramar aceite y vino en las heridas del espíritu, conoce la forma de llenar los vacíos de los corazones, cómo pronunciar palabras que alivien el cansancio de los suyos, cómo curar el corazón partido, cómo atender al que está en el lecho del dolor, cómo acercarse cuando le invocamos en nuestra debilidad y decir simplemente: “No temas”, yo soy tu salvación (Lm. 3:57).

Hablamos de lo reconfortante es que alguien se conduela de nosotros. ¡No hay compasión como la de Cristo! En todas nuestras aflicciones, él está con nosotros. Él conoce nuestras penas. Cuando sufrimos dolor, él se duele, y como el buen médico, no escatima ni una gota de medicina para calmar nuestro dolor. David dijo cierta vez: “En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma” (Sal. 94:19). Estoy seguro de que más de un creyente podría decir lo mismo: “A no haber estado Jehová por nosotros, hubieran entonces pasado sobre nuestra alma las aguas impetuosas” (Sal. 124:2, 5).

¡Es maravilloso cómo el creyente supera todas sus angustias! ¡Es impresionante cómo, cuando pasa a través del fuego de la prueba y la inundación de muchas aguas, recibe consolación! ¿Cómo es posible? Simple y sencillamente es posible porque Cristo, no sólo es *justificación* y *santificación*, sino también *consuelo*. “He visto sus caminos; pero le sanaré, y le pastorearé, y le daré consuelo a él y a sus enlutados” (Is. 57:18).

¡Oh, a usted que quiere gozar de tranquilidad constante, lo encomiendo a Cristo! Sólo en él no hay fracaso. Los ricos se decepcionan de sus bienes. Los sabios se decepcionan de sus libros. Los cónyuges se decepcionan de sus parejas. Los padres se

decepcionan de sus hijos. Los estadistas se decepcionan, a pesar de que conquistan posición y poder después de mucho luchar. Al final de cuentas, descubren que tienen más problemas que placer. ¿Y qué produce la decepción, sino enojo, intranquilidad incesante, preocupación, vanidad y aflicción de espíritu? En cambio, para la gloria de Dios, nadie jamás ha sido decepcionado estando en Cristo.

(d) Cristo no sólo es todo consuelo para el cristiano auténtico en la actualidad, Cristo es también “el todo” en ***su esperanza del tiempo por venir***.

Supongo que habrá pocos hombres y mujeres que no disfrutaran de la vida porque no tienen esperanza de algún tipo relacionada con sus almas. Pero las esperanzas de la gran mayoría, no son más que vanas fantasías. No tienen ninguna base sólida para tener esperanza. Ningún ser humano, excepto el verdadero hijo de Dios, puede dar una explicación razonable de la esperanza que hay en él. Es triste encontrar gentes sin esperanza. Es bíblico afirmar que, si no tienen a Cristo, no tienen esperanza ni para el presente ni para el futuro.

El cristiano auténtico tiene una esperanza segura cuando mira hacia adelante; el hombre mundano no tiene ninguna. El cristiano auténtico ve la luz en la distancia; el hombre mundano no ve nada más que oscuridad. ¿Y cuál es la esperanza del cristiano auténtico? Es precisamente ésta: Que Jesucristo viene otra vez, viene triunfante, victorioso sobre el pecado, viene con todo su pueblo y, una vez aquí, enjugará toda lágrima de los ojos de los suyos, viene para levantar a sus santos de entre los muertos, viene para reunir a toda su familia, a fin de que estén para siempre con él. ¡Esa es una esperanza segura!

¿En qué radica la paciencia del creyente? En que contempla la venida del Señor.

Por eso puede soportar dificultades difíciles sin murmurar. Sabe que el tiempo es corto. Espera en silencio la venida del Rey.

¿Por qué enfrenta todas las cosas con calma? Porque espera el pronto regreso de su Señor. Su tesoro está en el cielo, sus bendiciones más ricas están por venir. El mundo no es su hogar, sino una simple posada; y estar en una posada no es estar en casa. Sabe que “el que ha de venir vendrá, y no tardará”. Cristo viene y eso es suficiente (He. 10:37).

Ésta es, de hecho, una “esperanza bienaventurada” (Tito 2:13). Ahora es el tiempo de aprendizaje, luego disfrutaremos de la fiesta eterna. Ahora es tiempo de sortear las olas de un mundo problemático, luego llegaremos a puerto seguro. Ahora es la dispersión, entonces será el reencuentro. Ahora es el tiempo de la siembra, luego la cosecha. Ahora es el momento de trabajar, después el de recibir el pago. Ahora es la cruz, luego la corona. La gente habla de sus “expectativas” y esperanzas en este mundo. Pero ninguno tiene expectativas tan sólidas como las del alma salvada. Ésta puede decir: “Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza” (Sal. 62:5).

En todo cristianismo verdadero, Cristo es “el todo”. Todo en la justificación, todo en la paz y todo en la esperanza. Bienaventurado es el hijo de una madre que *sabe* estas verdades acerca de Cristo y mucho más bienaventurado es, si él mismo también lo *siente*. ¡Oh, que los hombres pudieran probarse a sí mismos y comprobar qué saben de todo esto por el bien de sus propias almas!

IV. Cristo será el todo en el cielo.

Añadiré una cosa más y con esto habré terminado. Reflexionemos para entender bien que *Cristo será el todo en el cielo*.

No me detendré mucho en este punto. Aun si tuviera espacio, no tendría la capacidad de hacerlo. Es imposible describir lo invisible y un mundo desconocido. Lo que sí puedo afirmar es que todos los hombres y mujeres que alcanzan el cielo encontrarán que, incluso allí, “Cristo es el todo”.

Tal como lo era el altar en el templo de Salomón, el Cristo crucificado será el objeto más grandioso en el cielo. Aquel altar era lo primero que atraía la vista de todo el entraba por las puertas del templo. Era un gran altar de bronce, de veinte codos de largo y veinte codos de ancho (2 Cr. 4:1). De la misma manera, Jesús atraerá la vista de todos los que entran en la gloria. En medio del trono y rodeado de ángeles y santos estará el “Cordero como inmolado” y el “Cordero [será] su lumbrera” (Ap. 5:6; 21:23).

La **alabanza** al Señor Jesús será la canción eterna de todos los moradores del cielo.

En medio del trono y rodeado de ángeles y santos le adorarán, exclamando a una voz: “El Cordero que fue inmolado es digno [...] Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap. 5:12, 13).

El **servicio** al Señor Jesús será la ocupación eterna de todos los moradores del cielo: “Le sirven día y noche en su templo” (Ap. 7:15). Qué satisfacción da pensar que, por fin, podremos servir al Cordero sin distracciones y trabajar para él sin cansancio.

La **presencia** de Cristo mismo será de un gozo perpetuo para los moradores del cielo. Veremos “su rostro” y escucharemos su voz, hablaremos con él como se hablan los amigos (Ap. 22:4). Dulce es la idea de que, sin importar quién falte en la cena de las bodas del Cordero, el Señor mismo estará allí. Su presencia satisfará todas nuestras necesidades (Sal. 17:15).

¡Qué glorioso y dulce hogar será el cielo para todos los que han amado al Señor Jesucristo con sinceridad! Aquí vivimos por fe en él y encontramos paz, aunque a él no lo vemos. Allá nos veremos cara a cara y descubriremos que es lo más hermoso que puede haber. Ciertamente “más vale vista de ojos que deseo que pasa” (Ec. 6: 9).

Pero, lamentablemente, muchos de los que hablan de “ir al cielo” cuando mueren, resultan no ser aptos para hacerlo porque no tienen fe salvadora ni ninguna relación real con Cristo. ¿Usted no honra a Cristo aquí? ¿Usted no tiene comunión con él?

¿Usted no lo ama? Entonces, ¿qué podría hacer en el cielo? No sería un lugar para usted. El gozo de la gloria no sería gloria para usted. La felicidad de los salvos no sería una bendición que usted podría compartir. El servicio que los santos brindan a Cristo les sería tedioso y una carga para su corazón. ¡Oh, arrepíentase y cambie antes de que sea demasiado tarde!

Confío en que he mostrado cuán profundos son los cimientos de esa pequeña expresión: “Cristo es el todo”.

Otras formas en que “Cristo es el todo”

Podría fácilmente añadir otras cosas, si el espacio lo permitiera. El tema es inagotable. Apenas he tocado la superficie. Hay minas de verdades preciosas relacionadas con lo que he dejado sin decir.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser el todo en toda *iglesia visible*. Los espléndidos edificios, los numerosos servicios religiosos, las hermosas ceremonias y las multitudes de pastores ordenados, no son nada ante los ojos de Dios, si el Señor Jesús mismo no es honrado, magnificado y exaltado en todos sus oficios. La iglesia en que Cristo no “es el todo”, no es más que un cuerpo muerto.

Podría mostrar cómo Cristo debe ser el todo *en todo ministerio cristiano*. La gran obra que los pastores ordenados tienen la intención de hacer, es exaltar a Cristo. Debemos ser como el asta en que se colgó la serpiente de bronce en el desierto. Somos útiles en la medida en que exaltamos al gran objeto de nuestra fe y útiles en esa medida solamente. Debemos ser embajadores para llevar las buenas nuevas del Hijo del Rey a un mundo rebelde; pero si sólo les enseñamos a los hombres a pensar más en nosotros y nuestros oficios que acerca de él, no somos dignos de ocupar ese oficio. El Espíritu nunca honrará al ministerio que no da testimonio de Cristo, que no hace que Cristo sea “el todo”.

Podría mostrar cómo el lenguaje usado en la Biblia, para describir los *distintos oficios de Cristo* parece no tener fin. Podría describir cómo las figuras que se usan para referirse a la plenitud de Cristo, tampoco parecen tener fin: El Sumo Sacerdote, el Mediador, el Redentor, el Salvador, el Abogado; el Pastor, el Médico, el Novio, la Cabeza, el Pan de Vida, la Luz del Mundo, el Camino, la Puerta, la Vid, la Roca, la Fuente, el Sol de Justicia, el Precursor, el Fiador, el Capitán, el Príncipe de la Vida, el Amén, el Todopoderoso, el Autor y Consumador de la fe, el Cordero de Dios, el Rey de los Santos, el Maravilloso, Dios fuerte, el Consolador, el Obispo de las almas, estos y muchos más, son nombres que la Biblia da a Cristo. Cada uno es una fuente de instrucción y consuelo para todos los que están dispuestos a beber de ella. Cada una de estas descripciones es importante para meditar con provecho.

Conclusiones prácticas

Confío en que he dicho lo suficiente como para arrojar luz sobre el punto que quiero dejar claro en la mente de todo el que lee estas líneas. Confío en que he dicho lo suficiente como para mostrar la inmensa importancia de las conclusiones prácticas con las que ahora termino el capítulo.

(1) *Absoluta inutilidad de una religión sin Cristo*

¿Es Cristo “el todo”? Entonces aprendamos acerca de la *absoluta inutilidad de una religión sin Cristo*. Hay demasiados hombres y mujeres bautizados que prácticamente no saben absolutamente nada acerca de Cristo. Su religión consiste en unas pocas nociones vagas y expresiones vacías. “Confían en que no son peores que otros. Ofrendan a su iglesia. Tratan de cumplir con su deber. No le hacen mal a nadie. Confían en que Dios será misericordioso con ellos. Tienen la esperanza de que el Todopoderoso perdonará sus pecados y los llevará al cielo cuando mueran”. ¡En eso consiste la totalidad de su religión!

Pero, ¿qué saben estas personas acerca de Cristo en la práctica? Nada, ¡nada en absoluto! ¿Qué conocimiento empírico tienen de sus oficios y su obra, su sangre, su justicia, su mediación, su sacerdocio o su intercesión? Ninguno, ¡ninguno en absoluto! Pregúnteles acerca de una fe salvadora, pregúnteles acerca de nacer de nuevo del Espíritu y pregúnteles acerca de ser santificados en Cristo Jesús. ¿Qué respuesta recibirá? Para ellos, usted es una persona cruel. Les ha hecho preguntas bíblicas simples. Pero ellos no saben más acerca de ellas, experimentalmente, que un budista o un mahometano. Y, sin embargo, ¡ésta es la religión de cientos y miles de personas en todo el mundo que se denominan cristianos!

Si algún lector de este trabajo cabe en esta descripción, le advierto claramente que tal cristianismo nunca lo llevará al cielo. A simple vista, todo parece ir muy bien. Puede parecerlo en la sacristía, en el lugar de trabajo, en la Cámara de los Comunes o en las calles. Pero nunca consolará a nadie. Nunca satisfará su conciencia. Nunca salvará su alma.

Le advierto claramente que todos los conceptos y teorías acerca de la misericordia de Dios sin Cristo, son ilusiones sin fundamento y fantasías vacías. Tales teorías son puramente como ídolos inventados por el hombre, como los superhéroes de los cuentos infantiles. Son terrenales. Nunca tuvieron su origen en el cielo, son inventos humanos. El Dios del cielo ha señalado y nombrado a Cristo como el único Salvador y el único camino para ir al Padre. Dios mismo estipuló que todos los que han de ser salvos, deben serlo por medio de la fe en Cristo. No hay otro mediador entre Dios y los hombres.

Tome nota el lector de esta advertencia sobre su salvación: Una religión sin Cristo no salvará su alma.

(2) Cristo y la salvación

Lector, ¿es Cristo “el todo”? Entonces, sepa que *es una locura tremenda confiar para salvación en cualquiera que no sea Cristo*. Hay multitud de hombres y mujeres bautizados que profesan honrar a Cristo, pero en realidad le hacen gran deshonra. Dan a Cristo un lugar determinado en sus creencias, pero no el que Dios le asignó. Para esas personas, Cristo y él solamente, no es “el todo en todo” para sus almas. ¡No!

Más bien confían en Cristo y la iglesia, Cristo y los sacramentos, Cristo y sus pastores ordenados, Cristo y su arrepentimiento, Cristo y su propia bondad, Cristo y sus oraciones, Cristo y su sinceridad y caridad.

Si alguno de mis lectores es un cristiano de este tipo, le advierto claramente que su religión es una *ofensa a Dios*. Está cambiando el plan de salvación de Dios por un plan de su propia invención. Está despojando a Cristo de su trono dándole a otro la gloria que sólo le corresponde a él.

No me importa quién es el que le enseña creencias como las mencionadas o en base a qué enseñanza usted edifica su fe. Aunque fuera un Papa o cardenal, arzobispo u obispo, decano o archidiácono, presbítero o diácono, episcopal o presbiteriano, bautista o independiente, metodista o hermano libre quien añade algo a la salvación, enseña mal. Cristo es “el todo” en la salvación.

No importa qué es lo que usted agrega a Cristo. Ya se trate de querer pertenecer a la Iglesia de Roma, o ser episcopal, independiente, o depender de la liturgia, o de la inmersión; si hace algo de esto, parte de su salvación, actúa fuera del plan de Dios.

Ponga atención a lo que digo. Tenga cuidado de no darle a los siervos de Cristo, el honor que sólo le corresponde a Cristo. Cuidado con dar a las ordenanzas del Señor, el honor debido al Señor. Tenga cuidado cuando confía el descanso de su alma a otra cosa que no es Cristo, confíe solamente en Cristo.

(3) Cristo como Señor y Salvador

Vuelvo a preguntar: ¿Es Cristo “el todo”? Entonces, *todos los que quieren ser salvos vengán directamente a Cristo*. Hay muchos que sólo saben de Cristo lo que han oído y creen todo lo que se les dice acerca de él. Aceptan que no hay salvación, excepto en Cristo. Reconocen que sólo Jesús puede librarlos del infierno y presentarlos sin mancha delante de Dios.

Pero nunca parecen ir más allá de este conocimiento general. Nunca echan mano de Cristo para beneficio de sus almas. Permanecen en un estado de desear y querer, de sentir y tienen buenas intenciones, pero nunca van más allá. Comprenden lo que queremos decir y saben que es cierto. Tienen la esperanza de que un día obtendrán todos los beneficios de la verdad; pero en la actualidad, no reciben ningún beneficio. El mundo es su “todo”. La política es su “todo”. El placer es su “todo”. Sus negocios son su “todo”. En cambio, Cristo no es “su todo”.

Si alguno de mis lectores se identifica con este tipo de personas, le advierto claramente, que su alma está en mal estado. Usted está yendo derecho al infierno en su condición actual, como Judas Iscariote, Acab o Caín. Créame, tiene que haber fe verdadera en Cristo para salvación o, de lo contrario, Cristo murió en vano. No se trata de mirar el pan que alimenta al hombre hambriento, sino de realmente comerlo. No es contemplar el bote salvavidas, sino entrar en él. No basta con saber y creer que Cristo es un Salvador que puede salvar su alma, a menos que exista una relación auténtica entre usted y él. Tiene que ser capaz de decir: “Cristo es mi Salvador porque he acudido a él por fe y lo he aceptado como mi Salvador personal”. “Gran parte de la fe cristiana”, dijo Lutero, “consiste en la habilidad de utilizar pronombres posesivos. ¡Si tomas de mí la palabra ‘mi’, tomas de mí a Dios!”.

Preste atención al siguiente consejo y actúe en consecuencia. Deténgase y deje de esperar sentimientos imaginarios que nunca llegarán. No dude, creyendo que debe obtener primero al Espíritu y luego acudir a Cristo. Levántese y venga a Cristo tal y como es. Él le espera y está dispuesto a salvarle. Él es el médico designado por Dios para sanar las almas enfermas de pecado. Trate con él como lo haría con su médico acerca de la cura para una enfermedad física. Hable con él directamente y dígame todos sus anhelos. Decídase a hablar con él hoy mismo y clame pidiendo al Señor Jesús que le dé perdón y paz, como lo hizo al ladrón en la cruz. Dígame a Cristo: “Señor, acuérdate de mí” (Lc. 23:42). Dígame que usted ha oído que él recibe a los pecadores y que usted es uno de ellos. Dígame que quiere ser salvo y pídale que lo salve. No descance hasta que, realmente, haya probado que el Señor es benigno. Haga esto y si usted actúa realmente en serio, encontrará, tarde o temprano, que “Cristo es el todo”.

(4) *Confíe en Cristo para recibir más bendiciones*

Vuelvo a preguntar: ¿Es Cristo el todo? *Entonces trate con él creyendo realmente en él, apoyándose y confiando en él mucho más de lo que lo ha hecho hasta ahora.* Desafortunadamente, ¡hay muchos hijos de Dios que viven sin gozar de todos sus privilegios! Hay muchas almas cristianas auténticas que se privan de la paz que podrían disfrutar y se privan de sus misericordias. Hay muchos que tienen fe, la obra del Espíritu Santo en sus corazones o a Cristo, pero sin sentirlo, sin que sea parte de sus sentimientos y, por ello, no alcanzan la plenitud del evangelio de paz. Hay muchos que progresan poco en su búsqueda de la santidad y brillan con una luz muy tenue. ¿Y a qué se debe todo esto? Simplemente a que de cada veinte personas, diecinueve no dejan que Cristo sea el todo en todo.

Quiero hacer un llamamiento a cada creyente: Le ruego por su propio bien, que se asegure de que Cristo sea realmente su todo en todo. Renuncie a todo lo que tiene, a sus propias ideas, sus prejuicios, su egoísmo y todos los demás estorbos para que Cristo sea “el todo en todo” (ver Mt. 16:24, Lc. 14:33).

¿Tiene fe? Es una bendición inestimable. Bienaventurado el que está dispuesto y ansioso por confiar en Jesús. Pero, asegúrese de que su fe no ocupe el lugar de Cristo. No descanse en su propia fe, sino en Cristo.

¿Ha obrado el Espíritu en su alma? Gracias a Dios por ello. Es una obra que jamás puede ser desechada. Pero, ¡cuidado, no sea que, sin darse cuenta, esté haciendo un Cristo de la obra del Espíritu! No dependa de la obra del Espíritu para su salvación, sino de la obra de Cristo.

¿Tiene sentimientos interiores de fe y experiencia de la gracia? Gracias a Dios por ello. Hay miles de personas que no tienen más sentimiento espiritual que un gato o un perro. Pero, ¡tenga cuidado, no sea que haga un Cristo de sus sentimientos y sensaciones! Estos no son cosas seguras porque dependen de nuestro estado de ánimo, nuestro entorno y nuestras circunstancias externas. Descanse sólo en Cristo.

Aprenda, le suplico, a parecerse cada vez más al gran *objeto de su fe*, Jesucristo, y a mantener sus ojos en él. Haciendo esto, descubrirá que va creciendo en la fe y todas las demás gracias, aunque el crecimiento puede ser imperceptible en el momento. El arquero habilidoso que quiere exhibir su destreza no mira la flecha, sino el blanco. ¡Me temo que, por desgracia, hay todavía una gran dosis de orgullo e incredulidad arraigada en el corazón de muchos creyentes! Pocos parecen darse cuenta de lo mucho que necesitan un Salvador. Al parecer, son pocos los que entienden cuánto le deben. Pocos parecen comprender cuánto lo necesitan cada día. Pocos son los que saben lo sencilla que es la fe de un niño y, por ende, no pueden confiarle sus almas. ¡Pocos parecen tener conciencia de cuánto les ama el Señor y lo dispuesto que está a ayudar a los pobres y a los débiles! Y pocos, consecuentemente, conocen la paz y la alegría, la fuerza y el poder para vivir la vida santa que se encuentra en Cristo.

Lector, si su conciencia le dice que es culpable, cambie de rumbo, cámbielo y aprenda a confiar más en Cristo. A los médicos les encanta ver a los pacientes que vienen a consultarlos; su consultorio es para recibir a los enfermos y, si es posible, sanarlos de su enfermedad. Al abogado defensor le encanta desempeñar su vocación. El esposo es feliz cuando su esposa confía en él y reconoce su papel como cabeza del hogar; se deleita en atenderla y promover su comodidad. Y a Cristo le encanta que su pueblo se apoye en él, que descanse en él, que recurra a él y que permanezca en él.

Aprendamos y esforcémonos por vivir cada vez más unidos a Cristo. Vivamos en Cristo. Vivamos a Cristo. Vivamos con Cristo. Vivamos para Cristo. Solo así, demostraremos que tenemos plena consciencia de que “Cristo es el todo”. Al hacerlo, sentiremos una gran paz, y alcanzaremos más de esa santidad, “*sin la cual nadie verá al Señor*”. Hebreos 12:14

